

Un gran libro sobre el libro

La Fundación Germán Sánchez Ruipérez ha tenido el gran acierto de abrir una colección dedicada al libro, que tratará en unos pocos volúmenes de formar un corpus esencial y abarcador de todas las cuestiones relacionadas con el libro como objeto. Así aparece esta *Historia del Libro*,* que, como es natural, fue encargada a Hipólito Escolar, seguramente la mayor autoridad en el tema en el momento presente. Siguiendo a este volumen saldrá la *Historia de las Bibliotecas*, firmada asimismo por Escolar, y que sin duda será tan importante y de fundamental y permanente consulta como el primero para gran cantidad de estudiosos.

Comentar un libro como el presente no se me hace muy posible. De la inmensa erudición del antiguo director de la Biblioteca Nacional sólo cabía esperar un libro perfecto. Y esè es justamente lo que nos ha ofrecido. Años atrás había sacado ya cuatro partes de una Historia Social del Libro: *La tableta cuneiforme, Egipto, Del alifato a la Biblia y Grecia*, los tres primeros en 1974, y el cuarto al año siguiente, además de otras publicaciones menores sobre el libro.

Como realmente no tengo nada que contradecir, y además soy un neófito comparado con Escolar, paso a dar referencia sumaria para que el lector tenga una idea de su distribución.

El capítulo inicial trata del nacimiento de la escritura y del libro anterior a ella, o sea, el libro oral, generalmente poemas rítmicos que se van transmitiendo de generación en generación junto con las demás tradiciones. Comenta las diversas sobre los orígenes de la escritura y de sus diferentes modos y su desarrollo.

* Hipólito Escolar, *Historia del Libro*. Fundación Germán Sánchez Ruipérez-Ediciones Pirámide. Madrid, 1984.

Los siguientes capítulos están dedicados al libro en Mesopotamia y Egipto, sus materiales de escritura, la forma del libro (rollo de papiro), los escribas, los sistemas de escritura, la aparición del alifato y su posterior evolución, la función social de la literatura, con comentario especial de algunos libros que han tenido una significación más destacada, sobre todo el poema de Gilgamesh y el Pentateuco. Cuestiones que desarrolla y amplía también en las culturas griega y latina.

Al final del Imperio Romano se verifica uno de los mayores hallazgos con la aparición del arte de la encuadernación de los manuscritos en pergamino. Con el códice, como se le llama, que sustituye al rollo de papiro, es más fácil el transporte del libro y su duración es mucho más dilatada. Precisamente por acortarse el volumen, también admite una capacidad mayor de escritura. El final del Imperio Romano trajo consigo asimismo una fuerte decadencia cultural. Al principio de la Edad Media la copia y la lectura de los libros se reducen a los conventos de religiosos. Los apuntes histórico-literarios que de esta etapa anota Hipólito Escolar nos sitúan adecuadamente el proceso en estos siglos tan oscuros para la literatura. Sin embargo, existen libros de gran lujo, bellamente ilustrados, con una caligrafía esmerada y una encuadernación ostentosa.

Después de un capítulo dedicado al libro islámico, y en especial a su obra básica, el Corán, que le sirve de paso a Escolar para señalarnos las influencias culturales del mundo árabe, se pasa a la Baja Edad Media, en la que lo más destacado culturalmente es la aparición de las universidades, y con ellas la preocupación por los estudios humanísticos, que, aunque están dirigidos principalmente a la clase alta, la extensión de la enseñanza produce una mayor propagación del libro, en especial los de los autores clásicos y los de consulta y de texto. Con el mayor consumo de libros hay pareja una mayor calidad técnica.

En el siglo XV tiene lugar el invento quizá más importante para el libro: en Maguncia, Juan Gutenberg descubre la imprenta, saliendo el primer impreso en 1456, la Biblia de Gutenberg. El traslado de esta técnica al resto de los países europeos nos lo relata Escolar con todo detalle, así como las características de los denominados incunables. Aquí, en España, el primer impreso se supone que es el Sinodal de Aguilafuente, un libro de actas de un sínodo, que aparece en Segovia en junio de 1472, confeccionado por el impresor alemán Juan Parix. La mayoría de estas primeras impresiones tienen un carácter religioso, y financiadas generalmente por los obispos.

La consolidación de la imprenta en el siglo siguiente se debe en parte a la coincidencia con el erasmismo y el luteranismo. De los escritos de Lutero, según nos informa Escolar, se llegaron a vender hasta dos millones de ejemplares a lo largo del siglo XVI. Estas páginas están consagradas con preferencia a los principales impresores de la época, como los Manucio, Lotter, los Estienne, Plantino, que fue editor de la Biblia de Arias Montano; Brocar, que lo fue de la otra Políglota, la Complutense; relatándonos los datos más definitorios de sus respectivas trayectorias. La parte negativa de la época es, sin duda, el surgimiento de una fuerte censura para lo que las autoridades eclesiásticas consideraban herético. Como consecuencia del Concilio de Trento se confecciona el tan bochornoso como célebre, tan nefasto como anticristiano, *Índice de libros prohibidos*, publicándose en 1564 por Pablo Manucio.

La calidad de impresión y de materiales experimenta una considerable baja en el si-

glo XVII, buscando un público más popular. La lengua usada empieza a ser mayoritariamente la romance, y se editan menos los clásicos de la Iglesia. La censura sigue siendo importante, a la que se le añade el problema de los elevados gravámenes que ahora tiene que soportar el libro. La novedad más destacable es la aparición de las publicaciones periódicas.

En el mundo de la cultura europea el siglo XVIII es, ante todo, el siglo de la Enciclopedia, que comienza a publicarse en 1751 bajo la dirección en un principio de Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert (después sólo Diderot), con colaboradores tan notables como Rousseau, Voltaire y Montesquieu. En los 35 volúmenes que completaban la magna obra se quiso recopilar los conocimientos que hasta entonces se tenían de las ciencias y las artes. Por supuesto, el Vaticano la condenó, dictando excomunión para aquellos católicos que la poseyesen.

Por otra parte, es el siglo tal vez más importante en la creación de tipos de letra. Francia aporta un Didot, Inglaterra un Baskerville e Italia un Bodoni, cuyas tipografías siguen vigentes hoy día. Si añadimos al español Joaquín Ibarra, tendremos la plana mayor de los impresores del siglo.

En España cobra auge la imprenta a mediados del XVIII. El más notable, como hemos dicho, fue Joaquín Ibarra, impresor de la más prestigiosa y buscada edición del Quijote (1780), siendo el segundo puntal de la imprenta española de la época Antonio Sancha, en cuyos talleres se dio a luz una gran parte de la literatura española coetánea.

La revolución industrial que tiene lugar en el siglo XIX incide de una manera decisiva en la producción del libro, con los consiguientes cambios que el autor del trabajo explica minuciosamente, fundamentalmente la difusión de la esterotipia, la creación de la litografía, el fotograbado, la linotipia. En España la litografía alcanza una muy alta calidad, siendo los principales cultivadores José Madrazo, Francisco Javier Parcerisa y Genaro Pérez Villaamil. Entre los editores sobresalen Manuel Rivadeneyra, Francisco de Paula Mellado y, al final del siglo, Saturnino Calleja. Coincidiendo con el Romanticismo hay que mencionar la aparición del folletín como la novedad más curiosa de un intento de hacer mercado.

Se cierra esta magnífica *Historia del Libro* con un recuento del estado de libros y periódicos en el presente siglo, con datos sobre analfabetismo, producciones de libros en el mundo, áreas lingüísticas, traducciones, libros de bolsillo, incidencia de la prensa, etc., relatando los últimos progresos derivados de la era de los ordenadores, y mención de los grandes editores contemporáneos y creación de organismos como el INLE.

Si a la preciosa obra de Hipólito Escolar añadimos la gran calidad de la edición que ha realizado la Fundación Germán Sánchez Ruipérez con Ediciones Pirámide, sólo podemos darles la más incondicional enhorabuena.

Eugenio Cobo